

intuitivo, haciendo del idioma un punto de unión, un nexo común, no un ejemplo de arbitrariedad sin fines reales; él escribe, y no rumia, sino que permite que el texto repose, para luego reescribir, reducir y simplificar. Se trata de estar, como en el título de Celaya, tranquilamente hablando: “Quedarme en casa / una tarde cualquiera, / casi siempre de lunes, / cuando no tengo clase y me encargo / de la merienda / de mis hijos; / estar tranquilo, / leer algún libro, / hoy, por ejemplo, / *La carretera* - / y esperar a que venga Marisa”. Sin ser un poemario de tono autobiográfico más, *Hiberna, hibernorum* es, cuanto menos, un manual de vida. El tono entrañable para evocar la paternidad y ese costumbrismo feliz que desarrolla en los textos, hacen ver la perspicacia de Penalva para desvelar la intrahistoria de una experiencia, desde el conocimiento primero, y finalmente desde la reflexión —a veces casi ensayística, otras casi gremial, nunca moralista—, hilvanado todo por sus lecturas predilectas, por acúmulos de películas visionadas, por la contundencia narrativa de un registro poético nada al uso.

Su libro (su obra en general, lamentablemente desconocida) es un tamiz, o mejor, un palimpsesto. La vida misma escribe encima, con todos sus inconvenientes y presupuestos, pero sin apenas concesiones líricas. Por tanto, en ella lo importante es hacer lo de siempre, y anotarlo. Quizás porque en la repetición de los actos cotidianos está la verdad, que no es más verdad por repetirse, pero que con ello al menos aparenta serlo, aun cuando se llene de obligaciones, casuales o no: “El verano se abrió / con lecturas de Carver / y Wolfe, / con

el prólogo para Karmelo, / y hoy, / cuando todavía me quedan / deberes pendientes, / el artículo sobre López-Vega, / la edición de López Velarde, / el manual de estilo / o lo de Jorge Cuesta...” .

A partir del título de *Hiberna, hibernorum* sabemos que vamos a entrar en un refugio de militantes, en un cuartel de invierno (si es que ese es el término que se corresponde con la traducción literal). Y como dice Jorge Fernández Gonzalo, a quien cita en los prolegómenos del libro: El final del camino es uno mismo. Y Penalva hace de Pessoa (o Pessoa hace de Penalva): “No tengo filosofía, tengo sentidos”. Pessoa (o Penalva) es el poema que nadie tiene que ir a buscar porque siempre está presente. Porque acaso escribir sea vivir después de la vida, como hiciera el pensador Victor Frankl: descubrir el sentido de lo que se vive después de vivido.

Aitor Francos



La llave dorada

Autor: Rocío Arana
Editorial: Rialp. Col. Adonáis
Lugar y año: Madrid, 2013
Páginas: 48

POR DENTRO Y FUERA DEL ABISMO

Venga, podría decir “Rocío Arana nos abre con su *llave dorada* la

puerta a un mundo mágico de deslumbramientos, de cotidianas maravillas, de negaciones sublimadas por el arte y el maquillaje y la música y el hogar dulce hogar y los amigos”. Podría, y lo acabo de decir; pero es que, sin las comillas, sonaba un poco cursi. La poesía de Arana, en *Magia, Pampaluna, Mirar el fuego, Las siete barbies solteras* (este de prosa poética), es la misma: un himno en cursiva, una celebración de proporciones domésticas, una alegría habitable. Versos que se ponen cómodos aunque el mundo esté lleno de magia, que inventan nombres nuevos para las ciudades viejas, que miran a los ojos, a la llama del hogar del yo, que nombran la infancia con palabras vivas. Vale, entonces ¿no hay nada nuevo en *La llave dorada*? Sí, lo hay, incluso a primera vista, nada más abrir el libro. Vemos poemas más breves, menos narrativos, con un toque onírico, menos aferrados a la anécdota concreta. Y lo agradecemos, no porque no nos gustase la poesía *aranesa* anterior, sino porque brilla de un modo nuevo, más breve, más agrisulce, más misterioso quizá, el don lírico de la sevillana. La poesía de Arana es, entre otras cosas, un oasis:

*Por fuera todo es fango,
 [ruido, prisas,
 las calles son un río de
 [cansancio.
 Aquí mi sauce y yo bailamos
 [lentamente,
 las palmeras se abrazan a la
 [lluvia:
 es como un vals en medio
 [de la guerra.*

El poema se titula “Rincón”, y lo transcribo completo como muestra de este modo de encantar mostrando lo justo, con una metáfora, una definición, una enumeración de tres elementos.

Cinco versos. Es esa idea de “música para desaparecer dentro”, como de Eric Satie, en que imaginamos una mesa camilla, un brasero, la luz de media tarde, el olor cercano de la plancha, el rumor de una radio, y una íntima felicidad de diario. Y este rincón es el hogar minúsculo que resiste ahora y siempre al invasor, como *El Napoleón de Notting Hill*.

En medio de esta cotidianidad (“cafeteras y despertadores”), no hay prosaísmo apenas, y nos aguardan también imágenes como extraídas de un libro de horas iluminado: “El susto era un dragón de fuego rojo / que venía a comerme (...)”. Una miniada orfebrería, de navidad medieval y paisaje helado: “como el dorado mundo en una bola / de nieve de cristal con diminutas / briznas que llueven...”, “Una coral sinfónica de bruma”. Tienen estas imágenes un halo encantador, hospitalario, y otro algo —poco, pero algo— inquietante, asomado como por una rendija a una pesadilla: “Llueve por dentro y fuera del abismo”. Como en la obra de Chesterton, que, según se maliciaba Borges, alberga una doctrina luminosa pero de la que escapan a menudo imágenes inquietantes y mucho menos serenas o autosatisfechas de lo que en principio cabía esperar. Rocío Arana deja que, breve, chispeante, juguetón, asome la patita por debajo de la puerta un diablo azul oscuro. Esta condensación hacia poemas más breves, con imaginación más soñadora, con un código más pudoroso y concentrado, y su abismo fuera y dentro, hace que *La llave dorada* sea la colección de poemas de la autora que más se parece a la Amalia Bautista de *Cárcel de amor* o *Cuéntamelo otra vez*. El gusto por el endecasílabo blanco, apenas encabalgado, también, aunque esto no es novedoso,

y es algo común en su generación.

Se conoce que el libro —ojo: *spoiler*— se apoya en una experiencia de amor no cumplido, pero ideal, a lo Dante posmoderno. Decimos “se conoce” porque milita Arana en la poesía de las más rabiosa experiencia —desde su castillo de maravillas, eso sí, casi inmune a la trivialidad—, así que cuando comienza diciendo, cantando, “tristemente feliz, diciendo «nunca», / pero de qué manera tan hermosa”, sabemos que hay un *no*, como nos anuncia la cita de Cirlot que abre el libro, que enciende la llama de estas afirmaciones poéticas. El lector agradece este *no* y este *nunca* biográficos, que aparecen —un relámpago— y que desaparecen, en medio del oasis del hogar. Porque en ese *no* y ese *nunca* vive el hombre su herida abierta al misterio.

Esta, amigos, es la verdadera peculiaridad de *La llave dorada* en la obra poética de Rocío Arana: que sus versos parten de una negación, de una frustración; y aunque el resultado es una pócima mágica, no le faltan unas gotas —pocas— de acidez y amargura, de ese sabor a abismo que le otorga potencia, credibilidad (sí, porque ¿quién se cree a alguien que continuamente sonrío?), humanidad al fin y al cabo. “Demasiada luz nos molesta a la vista; demasiada concordancia nos es desagradable al oído”, pensaba Pascal, refiriéndose al claroscuro en que el hombre no tiene más remedio, y además no sabe otro modo, que vivir. Claroscuro de bosque mágico al que accedemos, en esta ocasión, con una llave dorada.

Jesús Beades



Título: Pretérito Imperfecto
Autora: Julia Baigorri
Editorial: Endymion
Lugar y año: Madrid, 2013
Páginas: 76

SENCILLEZ PLUSCUAMPERFECTA

Una cualidad de la poesía es su capacidad de transformar en arte lo que toca, aunque lo que toque (o mejor, nos toque) sea sufrimiento, pena, desgarramiento. Si bien nunca demasiado de moda, la elegía ha producido notables joyas en la tradición poética española, tales como las coplas manriqueñas, el llanto lorquiano por Sánchez Mejías o la “Elegía a Ramón Sijé” de Miguel Hernández. Julia Baigorri sigue estos ilustres pasos en su intento desesperado por llenar el hueco que deja la marcha del ser amado, pero ella lo acomete sin artificio ni pretensiones, sin juegos retóricos deslumbrantes. La pérdida es abrumadora y te deja con el alma en carne viva, viene a decir Baigorri, al tiempo que con lenguaje sencillo nos incorpora a su mundo, a sus rutinas, y procede a mostrarnos sus llagas como quien no tiene nada que ocultar.

Pero la poesía, además de arte, puede ser terapia, una especie de bálsamo o desahogo. El dolor desgarrar, pero mientras se